



la *Revista de la Exposición Universal* á las diferentes aplicaciones de la electricidad en el Campo de Marte.

Había releído yo por casualidad, hace poco, la bella página del presidente de Brosses sobre las fuentes de Roma, y de pronto sus frases cadenciosas me sonaban en la memoria al dulce murmullo de las aguas. ¡Qué delicioso elemento de ornato público, en las esquinas de las calles, en medio de las plazas, estos saltos de agua ó corrientes en cascadas!

«Yo no imagino nada comparable á esta profusión que aquí se ve, exclamaba el bueno del presidente. No son ya hilos de agua, son torrentes, ríos enteros que se escapan de todas partes. Sobre la abundancia natural del agua, todavía se sabe disponer su caída para darle hábilmente la mayor superficie posible. De todo lo que he visto en Roma y en otras partes, nada me ha sorprendido más que la fuente de la plaza Navona. Figuraos simplemente esas masas de rocas atravesadas de parte á parte, esos colosos recostados en los ángulos de la roca, y de cuyas urnas salen torrentes de agua, ese Nilo que vela su cabeza, ese bravo león que sale de su caverna y viene á apagar su sed, esos borbotones de agua que saltan por todas partes...»

¡Qué entusiasmo no hubiera, pues, desplegado el lírico borgoñón, si le hubiera sido dado ver los fantásticos juegos de estas aguas, que vemos nosotros todas las noches!

Estos efectos hidráulicos hubieran lisonjeado su gusto, su afición á lo pomposo, á lo rimbombante, á la manera de lo teatral. Sino que en otro tiempo, al rededor de las fuentes, no se hubieran visto más que casacas bordadas de los grandes señores, mientras ahora la multitud, el pueblo está como en su casa. El pueblo admite á los poderosos en las fiestas dadas en su honor, pero confundidos en sus filas; es el tumultuoso soberano á quien se rinde homenaje y que viene á ser terrible cuando deja de estar jubiloso.

Pero ¿á qué filosofar? Ahora no se trata más que de batir palmas y alegrarse. Los saltos de agua y canastillos líquidos se proyectan en el aire cada vez más espléndidos, á lo que parece, y salpican el fosco cielo de puntas de diamantes.

A cada suspensión de diez minutos, una oleada de gente, una nueva irrupción de espectadores, dispútanse las sillas, y aun se arrancan violentamente: se quiere ver á toda costa; lo cual es muy justo.

F...



Los uniformes militares en la Exposición (Caballería)

EXPOSICIÓN DEL MINISTERIO DE LA GUERRA

II

HISTORIA. — ICONOGRAFÍA. — GEOGRAFÍA.

Por la primera vez desde... desde siempre, ha abierto el Ministerio de la Guerra, de su propio motivo, un rincón de sus archivos. Sobre cuatro pupitres colocados á lo largo del peristilo en el piso principal, ha expuesto otros tantos volúmenes que contienen la historia orgánica y cronológica de todos los cuerpos de tropas francesas. Es un trabajo gigantesco, si es completo; admirable, si es exacto.

Pero sería menester saber que está allí, pues todos pasan de largo, atraídos, primero, por un trofeo de banderas, que hemos reproducido piadosamente, y luego por una vitrina en que duermen muchos recuerdos del gran soldado, del que no desdeñó ser Napoleón, después de haber sido Bonaparte.

Su espada, algunos autógrafos, su cruz, objetos sacados de su neceser de campaña, un mechón de sus cabellos — nada de sombrero ni de gabán gris: nada de desechos. — En el ejército se respeta y ama la memoria del hombre que resumió en sí todas las cualidades del jefe: el carácter, la ciencia, la firmeza. Se ignoran los defectos del soberano y hasta el soberano mismo, recordando sólo al general y sus victorias.

¡Los recuerdos de Bonaparte! Nos explicaremos pues perfectamente su presencia en una exposición militar, aun en tiempo de república: todo lo que ha pertenecido al gran general, al inmortal soldado, al patriota de 1813 y 1814 debe ser precioso y fué en su

consecuencia conservado cuidadosamente por manos amigas. Pero ¡esas banderas! ¿De dónde salen esas banderas?

¿Cuál es su historia? ¿Cómo han llegado allí? Entre nosotros, siempre que una bandera cesa de agradar á la nación, se la reemplaza con otra nueva, de forma y de colores diferentes: al águila sucede un gallo, la monarquía y la república adoptan el hierro de la lanza, pero la antigua bandera es entregada á la artillería que la quema. Un regimiento no puede tener dos estandartes á la vez; el actual le basta. Antes que se estableciera este uso reglamentariamente, los soldados hacían el servicio y procedían de suyo á la destrucción de su antigua bandera.

En los trofeos de la Exposición he observado una bandera blanca de la Restauración, otra de compartimientos de la primera república, otra del primer imperio con triángulos rojos y azules, cosidos sobre un cuadro blanco, y al lado muchas otras de los regímenes precedentes ó posteriores. Este trofeo es de un valor inestimable, puesto que no debiera existir.

Se ha dicho en los periódicos que á los sancirianos traídos á la Exposición por su general, M. Motas de Hestreux, les había dado conferencias sobre el contenido del palacio de la Explanada. No soy curioso, pero quisiera saber cómo se ha explicado á los futuros oficiales la presencia de estos nobles jirones.

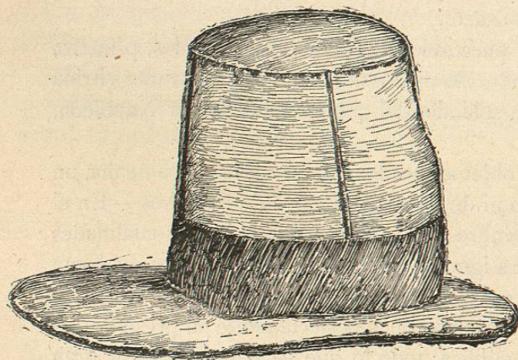
El rey Luis XVIII, hombre de espíritu atormentado por la monomanía de las inscripciones latinas, hubo de hacer inscribir la siguiente en la bandera blanca de 1814, dada á algunos regimientos: *Præteriti exemplum, fidesque futuri*. Los veteranos pretendían que era un versículo de la misa y lo cantaban en tono de vísperas. El rey volteriano recogió su bandera y la reemplazó con otra igualmente blanca que llevaba la imagen de la Legión de honor.

Y sin embargo, en España, en Grecia y en Argelia, marchaban los soldados tan bien bajo el color blanco, como habían marchado bajo los tres colores. Hasta en la toma del fuerte del Emperador, el soldado Lombard, del 17.º de línea, el primero que llegó á la brecha, puso su camisa al extremo de su fusil haciendo de ella una bandera para indicar el camino á sus camaradas. La bandera, cualquiera que sea, es siempre para el soldado el signo del honor y del deber. Su color importa poco, y cuando llega el día de la batalla: ¡Adelante y viva Francia! No es menos cierto que la bandera tricolor es la más gloriosa de todas. En primer lugar la tenemos, y en segundo, trescientos nombres de victorias

están bordados en ella: todas estas victorias, salvo dos, se han ganado á su sombra.

Después del gran soldado, después de la bandera, vienen los ilustres jefes: los generales de la república, los mariscales y tenientes del emperador; las armas de honor que obtuvieron en el campo de batalla, sus bastones de mando, sus espadas, sus retratos: Massena, Macdonald, Davout, Lauriston y mil más.

Luego, los acontecimientos se han sucedido y nuevos jefes han reemplazado á los antiguos, que desaparecieron para siempre: Canrobert, en 1853, joven y lleno de



Casquete del general Bugeaud

fuego; el boceto que de su cabeza ha hecho Horacio Vernet bien merece que se mire con atención... No hay que olvidar al gran Bugeaud, cuyo casquete se ha expuesto bajo un globo de cristal. No se conserva su sombrero y es preciso contentarse con el casquete. Nuestros hijos podrán decir á sus nietos: «Nosotros también vimos el casquete del gran Bugeaud, que siguió siempre el camino del honor y de la gloria.»

Ciertamente, las familias han prestado todos estos objetos, porque la administración de guerra, siempre fría, egoísta, oficial, no está por la leyenda ni posee museo ni tesoro. En cuanto á Versalles, es un gran bazar histórico compuesto de pinturas á bajo precio. Estas diversas reliquias están dispuestas en el palacio de la Explanada con ingenio y dignidad. En medio de la sala de los Recuerdos, la gran cancillería de la Legión de honor, rechazando todos los ofrecimientos particulares, ha colocado muy sencillamente en una vasta vitrina algunos modelos de condecoraciones y medallas francesas.

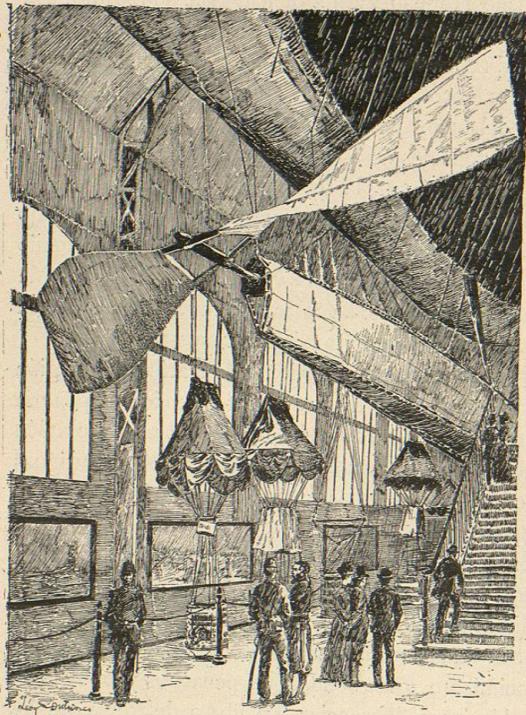
Pero es pobre, mal que nos pese, muy pobre esta exhibición. El Palacio de la Legión de honor fué entrado al pillaje y además incendiado en 1871, y esto explica la penuria de la cancillería; pero habiendo encontrado luego una cruz de julio y una condecoración de lis, bien hubiera podido darnos también algún espécimen curioso de nuestras antiguas y gloriosas órdenes militares, órdenes con cuyas insignias honran su pecho los soberanos extranjeros y los guerreros ilustres, lugartenientes suyos.

Las salas que siguen, en el pabellón de la izquierda, están consagradas á la historia del uniforme. Se había ideado algo mejor, pero ha faltado tiempo. Las primeras tentativas de uniformidad en el vestuario militar se remontan al reinado de Francisco primero. ¿Qué vestigios sobreviven? Ninguno. Sin duda se comenzaba entonces á entrever el peligro de batirse sin insignias de reconocimiento, y las bandas, los penachos y los tahalies de colores y de formas convenidas establecieron diferencias. La librea del rey y de los señores, sus cifras, sus armas, servían también de base á los grupos ó pelotones de ciertas tropas. Pero lo que se llama el *arnés militar*, el vestuario, casi el uniforme, sólo se determinó bajo el reinado de Luis XIV, llegando en el de Luis XV á una regularidad casi general y no tan diferente como se cree de la que hoy existe. Todo un regimiento vistió entonces de la misma manera y todos los demás regimientos de la misma arma vistieron traje del mismo corte, sin más diferencia que los colores. Desde 1670 hubo formas y colores prescritos por el rey; pero la primera ordenanza formal sobre el uniforme sólo data del 1.º de diciembre de 1770.

Este reglamento, que es muy curioso, es todavía muy elemental: si indica exactamente la tasa del paño que el soberano da para el uniforme del soldado, casaca, calzones, polainas y vivos, dice simplemente que la casaca debe caer á tantas pulgadas ó líneas del suelo, estando el soldado de rodillas.

Al mismo tiempo que nacía el uniforme, se creaba un arte que ha venido á ser precioso, el de la estampería militar. Si los oficiales gustaban de hacerse retratar de gran gala con sus encajes y armas de lujo, el pueblo por su parte gustaba de adornar las paredes de sus tabernas con estampas que representaban el uniforme militar de un buen mozo.

Dos ingenuos especímenes de los comienzos de este arte, que ha tomado tan curioso desarrollo, se deben á unos aficionados y son los llamamientos hechos á la bella juventud por los reclutadores de los carabineros del Príncipe de Francia, hermano del rey, y de un regimiento de cazadores de á caballo. Hoy, artísticamente, no se hace mucho mejor la imagen de Epinal; de otra manera se hace con procedimientos más refinados.



La aerostación militar

coleccion de unas diez y seis mil estampas de uniformes, y se ha espigado bien en este campo para rellenar la exhibición de la Explanada. Por desgracia, las imágenes, cuya poca importancia acabo de explicar, han sido aceptadas todas como auténticas. Y cuenta que en su mayor parte sólo son obras artísticas.

Así ¡cosa admirable! he visto timbaleros y lanceros del tiempo de Luis Felipe, siendo así que en aquella época no existían timbaleros reglamentarios en la caballería, y el conde de Partouneaux, comandante del primer regimiento del arma, fué precisamente arrestado entonces por haber presentado á la cabeza de su regimiento, en el Campo de Marte, timbales y timbaleros con ocasión de la revista pasada en honor de Ibrahim Bajá.

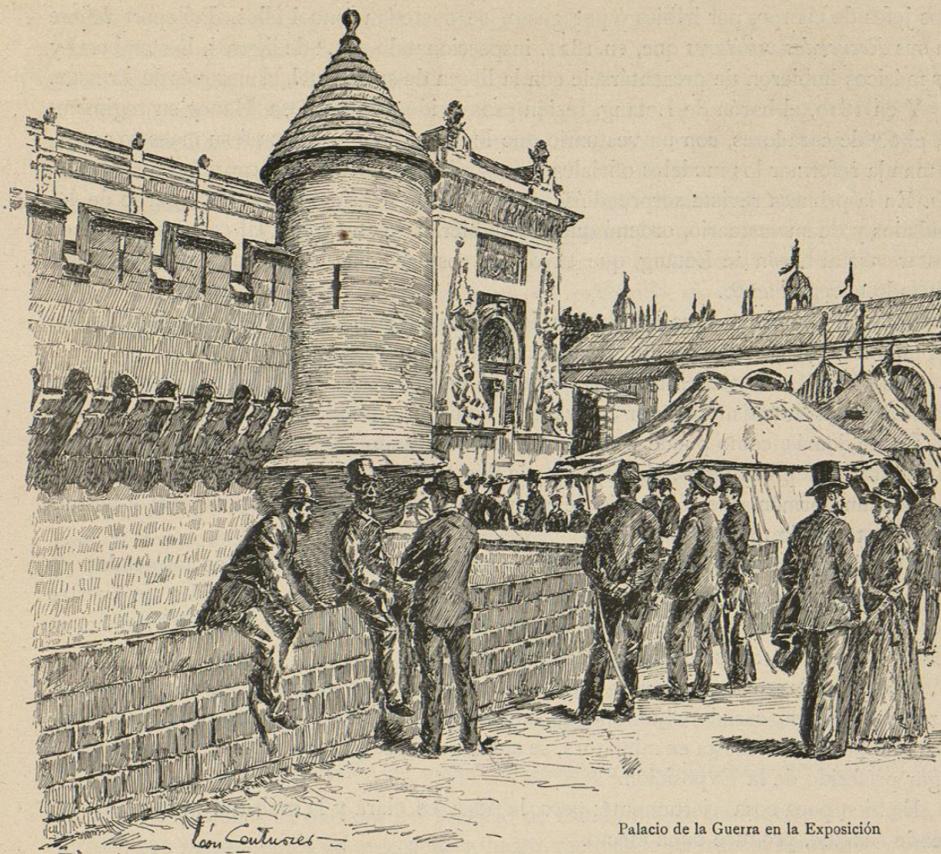
Y á fe que sería una colección encantadora esta de todas las violaciones del reglamento indumentario en el ejército. En tiempo de la primera República, vestíase como se podía. Los zapatos del batallón del Mosela eran costeados por el Estado, es verdad; pero si el Estado hubiera podido suministrar botas, lo habría hecho. Y si los azares de la guerra hubieran permitido que nuestros voluntarios pillaran zapatos en los almacenes del austriaco, con las galochas de la patria habrían encendido el fuego para el rancho, dado que lo hubieran tenido aquel día. El reglamento, si lo había, pasaba siempre en aquel tiempo bajo el nivel de la necesidad.

En Egipto se hizo uso de las telas del país, y se vieron dragones grises de lino y granaderos y cazadores vestidos de bombasí blanco. Más tarde, en Portugal, hubo que hacer pantalones de los hábitos de los capuchinos.

Triste es decirlo; en esta larga colección de imágenes firmadas á veces por artistas, unos de primer orden, otros simplemente célebres: Raffet, Vernet, Aubry, Lami, Janet-Lange, Lalaisse, Philippoteaux, Bellangé, Dumaresq, etc., etc., se encuentra muy rara vez la exactitud. Siguiendo su temperamento el artista, pone en su obra movimiento, ingenio, sentimiento ó gracia; pero somete siempre un poco el uniforme á su gusto.

Ahora bien, puesto que se había querido suministrar al público una especie de historia del traje militar, era preciso haber procurado mostrarle algo que pareciera exacto. Pues ni siquiera se ha pensado en ello. Habiéndose confiado la tarea á aficionados coleccionadores, muy distinguidos como iconógrafos, pero algo fantaseadores en historia, no ha podido ser otro el resultado.

M. Dubois de Letang ha legado á la Escuela de Bellas Artes una



Palacio de la Guerra en la Exposición

Pero ¡cuántas veces también se violaba el reglamento por amor á la independencia ó por mero capricho!

El 6 de marzo de 1807, el coronel Bonnemains, barón del imperio y comandante del 3.º de cazadores de á caballo, escribía á su mayor: «Conservaré los chacós, aunque no están ya de moda en ninguna parte; pero son de buen efecto para nosotros.» Este bravo oficial confundía una decisión del emperador con la moda y rehusaba llevar la prenda reglamentaria, porque la consideraba desairada.

Los generales daban, en materia de uniforme, ejemplo de la más chocante indisciplinada. Los retratos y los cuadros del primer imperio los representan vestidos á su capricho. En Eylau, Hautpoul cayó muerto con coraza y casco; Pajol, Lasalle, Colbert y otros hicieron campaña vestidos siempre de húsares, con tres estrellas en los galones de la manga: era un homenaje á las tropas que mandaban. Napoleón, por otra parte, no escaseaba los galones á los hombres de corazón y de ataque.

Los coroneles imitaban á los generales y no se mostraban difíciles con sus oficiales. En cuanto á los soldados en campaña, llevaban lo que encontraban, y toda la industria de los jefes de cuerpo consistía en arrancar á la administración paño y fornituras. La Restauración fué la primera en enviar modelos *ne varietur* á todos los regimientos.